

SIMPLES COINCIDENCIAS

Apagó la colilla sobre el cenicero limpio, de fondo transparente. Nada le gustaba más que manchar lo inmaculado con la ceniza débil, caediza, de un cigarro. Ella, en cambio, no fumaba. Se entretenía, mientras tanto, en acercarse a él, acariciarle el pelo, y preguntar:

—¿En qué piensas?

—En nada. Después de hacer el amor me quedo así, tranquilo. Pero no pienso en nada.

Estaba huidizo. Aunque se dejaba acariciar. Recibía en su cuerpo esos gestos tibios del amor, cálidas sentencias cuyo tacto permanece más allá de una apagada luz. Pero de un modo quieto, más bien inmóvil. Ana lo miraba, dulcemente. Se extasiaba ante el perfil de sus piernas, de sus hombros, de su cabeza hundida en la almohada. Acostado hacia arriba, desnudo, era hermoso. Una obsesión para el deseo, un cajón de instintos que no era posible volver a abrir:

—¿Vas a dormir ya? —preguntó Ana, con los ojos felices.

Víctor se dio la vuelta. Se ocultó bajo la sábana y le dio las buenas noches. Había cierto desdén indescriptible en sus palabras. Eran, cómo decirlo, demasiado cotidianas. Afligidas quizá. Y Ana no supo qué hacer.

Estaba demasiado excitada, tomada por esa especie de inquietud que lo feliz nos trae, y no podía dormir.

Le agobiaba la idea de dar vueltas en la cama y moverse de un lado para otro haciendo ruido. Tampoco quería encender la luz, para que los ojos de Víctor tuvieran su total oscuridad. Prefería levantarse, aunque hiciera frío, y esperar en el salón a que viniera el sueño.

Puso los pies en el suelo y un latigazo de intemperie y humedad le sacudió su cuerpo. Buscando con las manos, tentando en la negritud los objetos repartidos por el piso, encontró dos zapatillas. Eran las de Víctor. Le quedaban grandes, anchas, pero en el fondo le gustaba tener los pies dentro de ellas. Salió despacio de la habitación, y caminó por el pasillo dando pasos hacia arriba, para que los cordones, completamente sueltos, le impidieran caer.

La luz del salón estaba encendida aún. Programó unos cuantos discos para escuchar toda la noche, cerró la puerta y se acomodó en el sofá. Sobre los cojines de colores el cuerpo de Ana parecía flotar, pero aun así no dormiría. Encendió también la lámpara que tenía a su lado, en la mesilla de madera blanca. Habían dejado sobre ella sus ropas revueltas, sus camisetas arrugadas. Tomó la de Víctor entre las manos y acercándola despacio hacia su cara degustó los olores del deseo, las huellas del placer. Ella misma se la había quitado hacía unas horas, con delicadeza, cuidando todos los detalles, ensanchando el cuello con los dedos para no despeinarlo. Le venía bien para calentar ahora sus pezones fríos.

Sobre la mesa grande del salón, sin embargo, los restos de la noche habitaban con un cierto desorden; ninguno de sus objetos permanecía en su posición original.

Se habían ido añadiendo una botella, varios vasos, libros en que los versos parecían premoniciones, crucigramas, folios blancos donde Ana había trazado un boceto espontáneo para él, y algunos lápices de punta ya gastada. Los pantalones de Víctor, por su parte, colgaban del borde, a punto de caerse, como un descuido equilibrado del azar.

Desde el rincón del sofá, acurrucada entre los cojines, Ana los contemplaba. Quería entregarse con pereza a descubrir en ellos las extrañas razones por las que, mirados desde abajo, y desde lejos, parecían un pedazo de caos, un trozo de urgencia desparramado sobre el mantel. Durante la conversación, es cierto, se habían caído algunos; un roce con el codo, una pierna al contacto de la mesa, un descuido tal vez, bastaban para hacerlos tambalear.

Pero los ecos de la noche hicieron nido en sus perfiles rotos, entre sus páginas dobladas, en sus mojados vidrios, en las letras transparentes, en todo cuanto fue habitado por la sombra de sus cuerpos, reproduciéndose constantemente en la pared. Y Ana, sobrecogida por un extraño insomnio, se acercaba, sin saberlo, a sus secretos densos.

—¿No vas a dormir? —preguntó Víctor, desde la puerta entreabierta del salón.

—¿No estabas dormido ya? —contestó sobresaltada.

—Entra un poco de claridad por debajo de la puerta.

—Sí. Está un poco empinada y queda una franja al descubierto por el suelo.

Víctor, somnoliento, algo deslumbrado, se pasó las manos por los ojos, y cruzó hacia el baño. El ruidillo del agua, al caer sobre el lavabo, aumentaba la lluvia que Ana podía ver tras las ventanas.

Y el deseo también. Si no hubiera sido por un torpe pudor, si no fuera por una razonable y temerosa prudencia, antes, al verlo cubrirse con la sábana, le hubiera insinuado, de nuevo, mayor intimidad. Habría querido proyectar del todo su infatigable apetencia sobre Víctor, y amanecer cansados. Como cogidos de imprevisto. Llegó a rozar, como pretexto, la frontera de su espalda, inclinándose lascivamente sobre él. Pero adivinó enseguida que aquellas líneas eran, precisamente, trazos divisorios, límite fatal.

Tardaba en volver del baño. Pero Ana no pensaba que se estuviera haciendo el remolón. Oía el agua desde lejos. Percibía débilmente los gestos nocturnos de Víctor, y jugaba a imaginar su silueta en la ventana. El vaho de la casa quedaba prendido allí, como sutil indicio del calor frente a un invierno que estaba lejos. Fuera. Llovía mucho esta noche, aunque el granizo no había venido, como otras veces, a golpear en los cristales.

—¿Vas a levantarte a alguna hora en especial? — preguntó Víctor, ya en el salón.

—Cuando me despierte.

—Llámame entonces, ¿vale? —y se marchó atravesando la puerta por la que había aparecido, como una breve expectativa, sin mirar atrás.

Ana escuchó los pasos que iban oyéndose lejanos, precipitados y veloces a medida que la cama se hacía próxima. Le pareció inútil decir una palabra. No se aproxima uno más por desatar la voz si no hay destino que quiera recibirla. Mientras reaccionaba en medio del silencio, el cuerpo de Víctor se dejó caer sobre el colchón, y un ruido de maderas ásperas, crujientes, volvió a enterrar el placer entre los huecos de la sábana.

A ella le hubiera gustado que esa repentina aparición

le explicara el desorden de la mesa, o le hiciera una caricia entre los muslos. Hubiera deseado, es más, perderse en esa inconsciente dejadez en la que había entrado hoy, y embriagarse depositando su albedrío en aquel cuerpo grande, y real.

Pero él insistía. Se hacía nuevamente inaccesible, huido, y escurrió su figura repitiendo gestos de cansancio que ya empezaban a cuajar en Ana. Como atropelladas dudas, como sutiles presagios de un error.

A solas con los objetos, Ana no tardó en trazar una hábil conjetura. Evidentemente, todos eran símbolos depositados por la implacable sabiduría del azar. Lo decían sus posiciones, sus absurdas coincidencias, algunas cercanías imprevisibles, las diferentes naturalezas de su distancia fortuita. Era notable la suerte que habían corrido los enseres de cristal; yacían apagados en el extremo de la mesa. No les daba la luz. En cuanto a los libros estaban llenos de ceniza, entreabiertos por ciertas páginas que, curiosamente, ninguno de los dos había leído. Numerosos folios, vencidos por la humedad de las cervezas próximas, contenían en su descuido innumbrables destellos de claridad que Ana sorteaba, ahora, con un recuerdo ansioso.

Observó de nuevo el pantalón, inmóvil al borde de su propio precipicio, sostenido sobre la mesa por una simple casualidad. Él le entreabría, en su paradójica fijeza, los huecos de la memoria, y le obligaba a repasar, a pesar suyo, ciertos instantes de la noche:

—Me encanta el cine, de verdad. Es una cosa...

—A mí también me gusta. ¿Viste la última de Stephen Frears? —respondió ella, emocionada por aquella coincidencia.

—No sé si es que me encontraba solo. No sé por qué. Lo cierto es que soy feliz al lado tuyo.

Y Ana, apoyada en el valor que le daba oír esas palabras, le cogió las manos, por primera vez. Estaban calientes, vencidas a la ternura. Pensó que había valido la pena semejante atrevimiento, la osadía de abrazarlo antes de que él le insinuara una puerta por la que entrar en sus íntimos dominios. Que Víctor no impidiera ese sincero asalto le autorizaba, de algún modo, a continuar. Así que no tardó en alimentar desde entonces aquel encuentro que lo había traído hacia su casa, y procuró sembrar con disimulo huellas profundas que atrajeran su interés.

Entre ellas, hubo una estela que Ana quiso eternizar en lo concreto, entre los bordes de un papel:

—Voy a buscar unos folios, no te muevas —dijo—. Quiero dibujar.

—¿También dibujas? —preguntó Víctor con sorpresa.

—No irás a decirme que es otra coincidencia entre los dos —subrayó Ana con acento interesado.

Colocó el papel sobre la mesa. Fijó sus dedos en una de las esquinas para que no se resbalara, movido por sus trazos, y mientras él hablaba intentó poseer su figura tenue, su perfil perfecto. Lo oía con curiosidad, sopesando las sílabas, grabando en su memoria todo detalle que le ayudara a conocerlo, a imaginar qué grado de locura podría vivir con él. Nada como el lenguaje deja traslucir ese fondo inconsciente que no engaña, desbordado en adjetivos cuya sutil información no es nunca premeditada, preso de sustantivos cuya fijeza seríamos capaces de asesinar con tal de que parezcan otros. En esa conjugación relativa y peligrosa, que al punto de oscurecerse transmite claridad, se hallaban los secretos de

Víctor. O al menos eso pensó Ana, dispuesta a entrar sin miedos en los recuerdos de la noche, y en el confuso océano de todas sus palabras:

—Si quieres te retrato a ti también, no es molestia —dijo Víctor.

—De acuerdo —se apresuró a decirle Ana, alcanzándole un papel.

El dibujo los entregó a una mutua complacencia. Daba gusto verlos, midiendo desde lo lejos los centímetros del rostro, traduciendo en líneas frágiles la primera percepción, agrandando las virtudes de los labios, tan carnosos, y haciendo caso omiso de cualquier defecto que osara destrozar la perfección. Pero cualquiera notaría también la encontrada intención de sus gestos, la distancia que media entre los fondos de sus ojos, el discurrir del lápiz encerrando en hábiles graffias quién sabe cuánto instinto. Eran, en cierto modo, dos ínsulas ajenas que intentaban trascenderse, desde el fondo de la noche, acaparando la atención sobre los trazos de un retrato. Pero también geograffias cuyos férreos y mojados horizontes habían asumido el mar, gigante, inexcusable, de alrededor.

Ella, ausente, crecida por la dulce imagen que desgranaba en el dibujo, llegó a la conclusión de que Víctor era el tipo de personas que tanto le gustaban: lúdicas, y a un tiempo amables. Él, en cambio, algo cansado por el juego, sin saber del todo cómo abordar sus mejillas grandes, no paró de hablar.

Habían pasado algunas horas desde que decidieron venir hacia la casa, y Víctor empezaba a cambiar de piel. No era, claro está, un cambio brusco, ni repentino. Se trataba, por el momento, de un imperceptible agotamiento

físico, de una ligera sensación de haber sobrepasado su nivel de madrugada y ansiedad. Antes de ahora, en cambio, había estado despierto para Ana. No la abandonó un instante desde el momento en que la vio, sola, sentada con su cerveza en la esquina de aquel bar, como una mujer cuyo equilibrio fuera capaz de reordenar el mundo, y protegerle el suyo. Como una presencia cuya carne impasible le prometía, sin duda, gratuita serenidad.

Cuando logró verla entre la gente Víctor estaba solo. Absolutamente solo. No en apariencia, sin compañía contingente, sin interlocutor ocasional. Sino en el fondo, en sus entrañas. Ana no sabría hasta más tarde que sus amigos íntimos se habían marchado justo aquella tarde a descansar a otra ciudad, que los vecinos no tenían, a su juicio, el menor interés, y que sus esporádicas amantes no estarían disponibles hasta finales del verano. No supo, siquiera, que Víctor andaba enamorando a una mujer últimamente, aunque sus ojos vivos, y sus caderas ágiles, no parecían fijarse en él.

Derrotado por una migaja de dolor existencial la soledad le abrió los ojos, y pudo adivinar en Ana un accesible espacio donde ahogarse sin perecer. La contempló, sin acercarse demasiado, degustando un placer que rozaba lo exquisito. Veía en ella algo más que una figura simple. Quizá una indefinible debilidad. De todas las mujeres que se hallaban en el bar ella era la única que podría prestarle, a lo largo de la noche, una atención muy dulce, un escaqueo cariñoso más allá de los instantes de encuentro súbito y carnal. Lo supo con certeza porque Ana también estaba sola. Absolutamente sola, deseando encontrarse con sus ojos, y estrellar contra el suelo la sonrisa tímida que desbordó en sus labios cuando él se le acercó.

De cerca, Ana estaba más sola todavía. Se le notaba en sus ojos pálidos, como caídos; en su manera de sentarse, como sujeta por un suave cordón umbilical que le impedía moverse, y a cuya línea frágil Víctor se agarró. Había otras mujeres, claro está, distribuidas a lo largo del bar, pero ninguna como ella tenía en la mirada esa ausencia o distracción que precede a todo encuentro. Simulaba una falta de interés demasiado artificial, una constancia enorme en parecer indiferente a cuanto signo le rozara alrededor. Actuaba, en fin, con la inútil delicadeza de quien se sabe próximo a nacer en desconocidos fondos, últimos parajes de una oquedad antigua e innombrable.

A Víctor, en cambio, ni siquiera le hizo falta disimular. Con la experiencia se había acostumbrado a entrever en la mirada de los otros una sentencia primitiva, una animal necesidad: no conocía palma en desierto alguno capaz de guarecer por mucho tiempo, aun en su altura, la soledad.

—Eres estupenda, el retrato es genial —dijo Víctor aproximándose a su espalda.

Los ojos de Ana se iluminaron. Una pequeña vanidad sacudía sus sienes mientras el instinto adormecido empujó a despertar. Y se abrazaron largamente, anudados en la urgencia, sin perder el tiempo en nada más.

Del salón al cuarto donde ahora dormía Víctor, no había ladrillo, mueble o almohadón que no fuera testigo de sus sexos. Hicieron el amor a rachas, sobre el sofá, sobre la mesa, en un rincón del suelo, o en la alfombra italiana de dos por dos. Y se miraban asombrados, como si acabarían de encontrar un complemento antiguo al que echaran de menos sin notarlo hasta hoy. Mas sus cuerpos no lograban acallar con su exquisita complacen-

cia otras voces cuya materia emanaba del interior: Ana pensaba en las maneras de agradarlo; Víctor en los días tranquilos que el invierno prometía. Ana se comía su cuerpo: Víctor, por su parte, no creía del todo que estuviera allí acompañado, devorado por alguien a quien había prestado el cuerpo para un amor provisional.

Pero ella no empezó a notarlo hasta después. Ni siquiera tomó por ciertas las cosas que Víctor le contaba cuando, concentrada en sus perfiles, intentaba atraparlo en el folio, definirlo en aquel límite pequeño y vegetal:

—No, ya ves, eso de lo exclusivo no va conmigo. Me cuesta asimilar que con toda la gente que hay en el planeta no sea un suicidio vivir sólo con una. Y si no lo entiendes igual me da.

Víctor hablaba, hablaba sin parar. Quería que Ana lo escuchara; se sentía bien porque todas sus palabras no iban a parar al aire, ni al vacío, sino al centro de su conciencia y de sus oídos. Directamente. Como flechas que ya conocían de antemano la eficacia del destino:

—No eres la primera, tampoco la única. Para qué voy a mentir —continuó.

La ventana del salón iba a empezar a amanecer dentro de poco. Ana, estirada sobre el sofá, inquieta, se preguntaba aún por qué los objetos de la mesa habían quedado así, como espantados. Por qué, además, no le extrañaban nada los gestos huidizos de Víctor después de que él mismo apagara la luz, e incinerara en su cigarro todo vestigio de placer. Reconocía a su alrededor una confusa paradoja, pues en las tenues siluetas que divisaba desde su sitio, ocultas por confusión u oscuridad, veía también una lengua transparente, un código cuya

sutil correspondencia con su entorno le era urgente descifrar.

Se levantó de un golpe, con modales bruscos, asediada por un presentimiento ágil, y observó fijamente el retrato que había trazado aquella noche; Víctor, de frente, con el pelo lacio sobre los ojos, yacía en el fondo del papel. En su conjunto aquella era, en realidad, una representación fiable de sus ojos, de su boca carnosa, de su nariz discreta, de sus pobladas cejas. Eran manchas cuyo delicado mimetismo impediría a cualquiera encontrar una torpe imperfección. Pero algunos trazos, muy concretos y diminutos trazos, le habían salido mal, sin gracia, con demasiada fuerza. Su equivocada estirpe no residía tanto en la reproducción final de los rasgos de Víctor, sino más bien en la marcada intensidad con que Ana había apretado el lápiz. Había prolongado en el papel diversas hendiduras, con auténtica rabia, y apenas, hasta ahora mismo, lo notó.

Recordó al vuelo ciertos instantes, sin algún esfuerzo que añadir a su profética visión. Su memoria crecía como aumentaba el miedo, comprobando cómo aquellos rayones que estropeaban el conjunto no eran más que sobresaltos que esas frases últimas de Víctor habían logrado producirle, gestos nerviosos que no había sido capaz de controlar, a pesar de su equilibrio, de su esforzada calma. A cada una de sus sílabas respondía en el dibujo con un trazo de ansiedad, un enérgico rayón de color negro que se ocultaba entre los otros. Cada verbo se tradujo en una vértebra infinita de resonancias grises que lograron plasmarse en el papel, y cuyas vegetaciones revelaban incertidumbre.

La única certeza era, precisamente, la de esos violentos trazos cuya rabia resumía todos los signos de la no-

che: mientras Víctor le hablaba su mano ya había registrado el dolor. Ese dolor futuro ante el cual estaba sola, esa agonía que escuchaba respirar en el fondo del cuarto, en las entrañas de la cama, y que esta noche le impedía dormir.